

HISTORIA DE UN MONUMENTO A LOS HÉROES DE LAS ESCUADRAS DE CAVITE Y SANTIAGO DE CUBA



A presencia en Cartagena el pasado 12 de noviembre de 1998 de SS. MM. los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, ha puesto un digno colofón a la conmemoración del centenario de los acontecimientos de 1898. No podía ser de otra forma, ya que tras las múltiples publicaciones, conferencias, exposiciones y actos llevados a cabo en España y ultramar, era obligado que en su puerto, por entonces apostadero de la mayor parte de los buques que formaron la escuadra del almirante Cervera y donde se erigió en 1923 el monumento a la gesta de los heroicos marinos, culminase la *reflexión y el recuerdo* transcurrido un siglo, para, desde una perspectiva histórica objetiva y desapasionada, medir y valorar lo que significaron aquellos desiguales combates, como hizo constar un descendiente del almirante.

Los acontecimientos han sido ampliamente puestos de manifiesto por los historiadores en las revistas e incluso en la prensa diaria, siendo la edición de libros profusa y en muchos casos muy cuidada. Creemos que se ha difundido el conocimiento histórico de aquella guerra, analizando las circunstancias en que se desarrolló y el comportamiento del Ejército y la Marina en los campos de batalla, cumpliendo hasta límites insospechados con su deber, e incluso sopor-tando la dura crítica de una derrota en la que fueron protagonistas, pero cuyo resultado y consecuencias se fraguaron a miles de kilómetros de ellos. Es por ello que aquí y ahora, tan sólo queremos poner de manifiesto la historia de un monumento que ha quedado junto a los relatos de los libros de historia como permanente tributo a quienes volvieron a sus cuarteles con el honor intacto.

Hagamos un poco de historia. Será el teniente de navío J. A. Posadillo quien, en el mes de enero de 1903, publique con el título de *Una súplica y un recuerdo* en la REVISTA GENERAL DE MARINA un sentido artículo, haciéndose eco del homenaje tributado en Santander al capitán de navío don Joaquín Bustamante y de la circular de Ministerio de Marina invitando a la suscripción para erigir en Castropol un monumento al también capitán de navío don Fernando Villaamil. Pone de manifiesto el articulista que si bien están estos tributos a tan esclarecidos jefes, quedan en el olvido otros héroes anónimos que también sucumbieron en la gloriosa hecatombe, proponiendo un «monumento que contemple España entera y que sin carácter regional, pues todas las



El público rodea al monumento. (Foto de archivo del autor).

provincias tuvieron allí dignos representantes, se alce en Madrid y sea un monumento de gloria nacional, que con su mudo lenguaje nos recuerde constantemente a todos los españoles que los que así mueren vivirán siempre en la historia».

Casi simultáneamente con esta iniciativa, la asamblea suprema de la Cruz Roja acuerda recabar el concurso de altas personalidades de la aristocracia, de la política, de las letras, de la banca, del clero, del Ejército y de la Marina, para erigir un monumento nacional a los soldados y marinos muertos en nuestras campañas ultramarinas. La junta, constituida bajo la presidencia del teniente general marqués de Polavieja, invita a los arquitectos y escultores a presentar un proyecto de monumento según las bases que se publican en el mes de febrero, fijando para el 2 de marzo el día de apertura de pliegos, aunque se ampliará más tarde hasta el 5 de mayo.

Mientras la comisión fija el lugar para su emplazamiento, que será al final del paseo de Rosales en Madrid, y publica en el mes de marzo en la REVISTA GENERAL DE MARINA un amplio dossier en el que, además de dar cuenta sobre la completa composición de la junta, solicita que acoja en sus columnas las relaciones de la suscripción pública de carácter nacional. Adjunta además los manifiestos de adhesión que bajo el título de *A los españoles* han redactado el comandante de Infantería Ricardo Burguete, el obispo de Sión e intelectuales de la talla de J. Martínez Ruiz, Eduardo Marquina, Salvador Rueda, B. Rodríguez Serra, Juan Gualberto Nessi, Silverio Lanza, Jesús Fluixá, Pío Baroja, José L. de Alberti, Antonio Tamayo y T. Carretero.

La llamada es atendida por tal número de artistas que muy pronto se cuenta con los proyectos siguientes: 1, Castilla; 2, Loor; 3, Pro Patria (I); 4, 5, 6 y 7, Salve; 8, Hesperia; 9, Gloria; 10, *Gloria victis*; 11, *Nosce te ipsum*; 12, Patria; 13, Pro Patria (II); 14 y 15, Pelayo. De todos ellos resulta elegido el denominado Patria, cuyo autor es Julio González Pola, que había proyectado un templete de estilo corintio coronado por un globo terráqueo y una figura de la Historia, situando debajo el grupo principal, consistente en España sostenien-

do a un soldado moribundo, alcanzan en total los 30 m de altura. En 1908 quedó instalado en el parque del Oeste, suscitando bastante polémica su academicismo, por lo que en julio de 1915 un acuerdo municipal lo dejó reducido a la escalinata y al grupo alegórico, suprimiéndose todo lo demás de acuerdo con la opinión general. Pero no todo quedó ahí, puesto que los desperfectos sufridos durante la guerra civil (1936-39) determinaron su total destrucción.

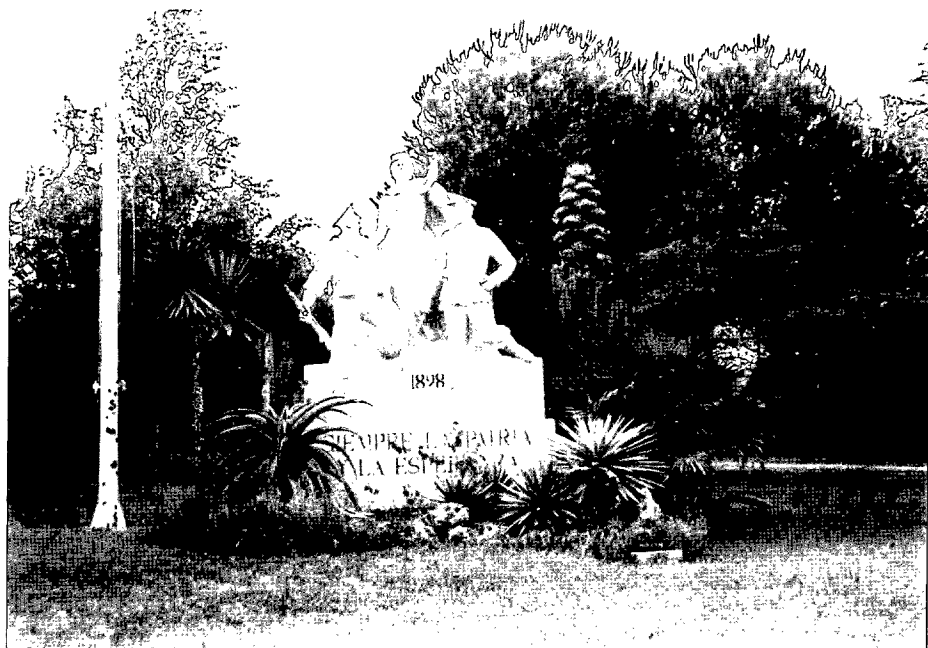
En Cartagena, sin embargo, durante todo el primer cuarto de siglo existe un ambiente general sobre el perpetuar en un monumento las calificadas como memorables epopeyas de Cavite y Santiago. Asociaciones tales como la Liga Marítima, por voz de su secretario don José Moncada Moreno, así lo harán público en 1913, solidarizándose con lo expuesto por el teniente de navío don Ángel Suances desde su destino en Vivero (Lugo).

Sin embargo, habrá que esperar el año 1919, en que tendrá el eco debido el artículo del capitán de Infantería don Francisco Anaya, publicado en «La Correspondencia de España», en el que volvía a recordar la deuda de justicia que el pueblo español tenía todavía con respecto a los marinos que se sacrificaron por el honor patrio en 1898. Así se formó la comisión que, presidida por el senador y catedrático don Rafael Altamira, la componían los señores Canals y Jáudenes como vicepresidente, el marqués de Someruelos como tesorero, el señor Pérez García de Tudela como Contador, los señores S. Fernández Cuesta, Tortosa, Mateo, López de Súa, Matos, Zárate, Fernández Delgado, Días de Freijo y Matilla como vocales, así como los señores Anaya y Cousuño como secretario y vicesecretario, respectivamente.

No tardó en ser recibida la comisión por el rey y aceptar la presidencia honoraria, abriendo la suscripción pública con 5.000 pesetas, constituyéndose una comisión de honor con los señores Cardenal Guisasola, marqués de Estella, el capitán general de la Armada don José Pidal, los directores de las Reales Academias de la Lengua y la Historia, el decano de la Diputación de la Grandeza, el presidente de la Asociación de la Prensa y el marqués de Comillas, todos los cuales colaboraron con entusiasmo en la realización de la obra.

Con unos sentidos párrafos se dirigió la comisión al pueblo español, y nada mejor que su íntegra transcripción para poner de manifiesto lo ocurrido en Cavite y Santiago: «En 1898 los marinos de guerra españoles realizaron uno de los actos de patriotismo que requieren valor más heroico. Conocedores de la inferioridad de sus medios materiales frente a los que contaba el enemigo; seguros de la ineficacia militar de su sacrificio; con la clara visión de la muerte y de la no merecida derrota como final del esfuerzo que se les pedía, lo arrojaron todo, serenos y decididos, en el cumplimiento de su deber, para el que estaba negada en absoluto toda rendición sin combate.

Al realizar este grandioso acto no se limitaron aquellos hombres a cumplir con la disciplina, nervio de la vida militar, no defendieron sólo el honor de las armas, más delicado y vidrioso que otro alguno. Hicieron algo más, mucho



El monumento original en los jardines del Hospital Naval del Mediterráneo. (Foto de archivo del autor).

más grande y trascendente: afirmaron de modo vidrioso el nombre de España; probaron al mundo que seguían siendo notas de nuestro espíritu la hidalguía, el valor sereno y el sacrificio estoico, y advirtieron a las gentes, en los mismos momentos que un inexplicable pesimismo encorvaba el alma de muchos, que hay cosas imperecederas en los pueblos, y que el nuestro las conservaba en no pocos de sus hijos, como prenda y anuncio de un próximo renacimiento.

Quizá no supimos ver entonces esa elevada significación de aquel heroísmo; quizá los otros hombres no supieron tampoco apreciar lo que también para ellos podía haber de importante en el acto de nuestros marinos. Pero el rodar de las cosas humanas, que siempre saca a flote las más fundamentales y hondas, ha venido en estos últimos años a demostrar a la humanidad, distraída antes con ensueños vagos, la esencialidad del patriotismo y a sublimar el culto de él, en cuyas aras de sangre y fuego se acendran y subliman las más altas virtudes del espíritu, las que llaman al olvido de los bienes propios en holocausto de los intereses generales y de la vida y la libertad futura de los pueblos.

A la luz de esa sublimación heroica de las patrias, que hemos contemplado con asombro y con admiración, el hecho realizado por los marinos españoles de 1898 adquiere repentinamente la gigantesca representación que le corres-

ponde, y en méritos de él, el nombre de España ha vuelto a ser otra vez, incluso en labios extranjeros, símbolo de las cosas inefables, por las que se sacrifican y mueren los hombres.

¿Dejaremos pasar más tiempo nosotros, los españoles, sin rendir a aquellos hermanos nuestros de Santiago y Cavite la justicia que les debemos? No puede ser y no será.

En nombre de esa justicia incumplida hasta hoy, pedimos a todos los españoles el concurso de su entusiasmo y de su cooperación material para que pronto, en la forma más grandiosa que el arte pueda prestarnos, sea un hecho el homenaje que merecen todos aquellos jefes y soldados, generales, oficiales, clases y marineros que supieron encarnar, sin baladronadas ni gestos teatrales, una de las notas más puras del alma nacional.

Por la comisión organizadora del homenaje, el presidente, Rafael Altamira; el secretario, Francisco Anaya Ruiz, Madrid y junio de 1919.»

Finalizada la suscripción pública, Cartagena tiene conocimiento de haber sido elegida como la ciudad donde emplazar el monumento en el mes de mayo de 1921, redactando la comisión para ello un manifiesto del que entrasacamos este párrafo: *...Al hacerlo así, no ha tenido en cuenta, tan sólo el hecho de haber sido Cartagena el sitio de donde partió la Escuadra que en Cuba sostuvo tan notablemente nuestra dignidad sellándola con la sangre de los altos y los humildes, igualmente heroicos en aquel día de luto y de gloria. Ha pensado también que Cartagena, por una tradición secular, que se remonta a los tiempos de nuestras poblaciones primitivas, ha inclinado su espíritu en fervoroso culto hacia el mar que la baña y hacia la vida del mar, y sabe sentir todo lo que hay de azaroso y abnegado, de espiritual y de útil en todas las manifestaciones de la vida marinera, a la que debe tanto la civilización de los pueblos.*

El día 9 de noviembre de 1923, SS. MM. los reyes don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, acompañados por las más altas magistraturas de la nación, procedieron a la inauguración del monumento diseñado por el escultor Julio González Pola. La asistencia de gran número de supervivientes puso una especial emotividad en el acto, especialmente en el momento de ser condecorados por el rey con la recién creada Medalla de Santiago y Cavite, entre ellos el cabo de cañón del crucero *Vizcaya* Damián Niebla, que perdió un brazo en el combate.

Transcurridos 75 años de aquel acto, Cartagena había puesto especial empeño en que quedase incluida, dentro de los actos de la conmemoración del centenario, la significación que tiene el monumento que acogió en los aledaños de su puerto en 1923. Y así el 12 de noviembre de 1998 SS. MM. los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, volvieron a revivir las mismas escenas que sus abuelos. Los modernos buques de nuestra Armada, entre ellos la corbeta *Infanta Elena*, habían sustituido en el escenario a los cruceros *Alfonso XIII* y *Jaime I*, así como los contratorpederos *Cadarso* y *Villaamil*.

El acto tuvo un hermoso prólogo el día 9, cuando en la sesión de gala e inauguración de la Semana Internacional de Cine Naval y del Mar, que anualmente se celebra en Cartagena, se proyectó un noticiario de 1923 que recogía las imágenes del acto protagonizado por don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, rescatadas de un viejo celuloide que había permanecido todo ese tiempo en la filmoteca de la familia Castelló, relacionada con la distribución de noticiarios en aquellos tiempos.

Para finalizar, dejar constancia que el monumento fue restaurado en 1982, sustituyéndose las figuras de piedra por otras de bronce, pues el paso del tiempo y alguna acción vandálica las habían deteriorado bastante. Pero una especial sensibilidad por parte de la Armada y el Ayuntamiento llevó a la restauración de las originales y a colocarlas en lugares más resguardados, como en los jardines del arsenal militar en 1985 y en el Hospital Naval del Mediterráneo en 1986.

Ésta es la sencilla historia de un monumento que recuerda la gesta en 1898 de las dotaciones de las escuadras de Cavite y Santiago de Cuba.

Juan Antonio GÓMEZ VIZCAÍNO
Coronel de Artillería

